

Pequeños placeres de los sentidos

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua española

Todos apreciamos lo que nos rodea. Todos captamos la llamada de la naturaleza. Esa llamada, esa sacudida. La naturaleza se comunica con nosotros a través de los sentidos. Veamos las ráfagas placenteras del **gusto**. El sabor del chorizo en rama de La Calahorra asado a las brasas de la chimenea de leña de encina. El sabor del lomo en manteca blanca de la serranía de Ronda. Las habas con bacalao en las tabernas de Jaén. Las llamas distantes del asado de espetos en La Cala del Moral. El pan ahumado de Alfacar. La mantequilla de Vega de Pas en Cantabria, y los sobaos embutidos en papel sedoso. La zurrapa de lomo en pitufos de pan tostados para el desayuno del Rincón de la Victoria. Los churros de Guadix, a euro el manojo cortado, envueltos en papel estraza. Los garbanzos tostados de la última castañera de la calle Elvira. Los pollos asados de las tabernas Muñoz en mi época de estudiante. Los pasteles enormes de Frasuquita Casa en Guadix. Sorber a tragos la leche condensada de La lechera, hechos agujeros a ambos lados; o con cucharita pasado el bote al baño maría. Los tamales embutidos en hojas de panocha, calentitos, sabrosos, escondiendo pollo, en el mercadillo de Morelia. Que uno se coma unas tortitas de camarones en Jerez, a la sombra, en una callejuela escondida. Que Félix de Azúa, al decir de la Maruja Torres en plan pescadera, alérgico al pescado, se coma un buen coño. ¿Qué sabrá ella? Que te muerdan el lóbulo de la oreja. ¿A qué sabe ese beso fugaz, de puntillas, de novios, en el portal tras un «hasta luego» temido y la esperanza de un mañana prometedor? Aquel bombón que saboreaste como el triunfo del día o aquella rosa que te regaló un admirador secreto, vestida de latidos de impaciencia y locura.

Las ráfagas de la naturaleza al **oído** también son placenteras. Las campanas de la iglesia de mi pueblo tocando a muerto o a muerta. Se pregunta un bilbaíno, ¿a qué suena Bilbao? Y contesta que hay sonidos que solo pueden escucharse en Bilbao, como las campanas de la iglesia de Begoña. Normal, no se va a escuchar la campana de la torre de la vela. O el sonido de san Mamés cuando el Athletic marca un gol. Normal, no se va a escuchar el ¡juy! del casi gol del campo de los juegos del mediterráneo en Almería. El sobrecogedor gruñido mañanero del sacrificio de cerdos en Benaoján. Que te susurren cosas sucias al oído. Y luego, bonitas. Unos mariachis cantando ‘los ojos de la española’ en Sahuayo. El mar sonando en la noche de Almuñécar.

Las ráfagas placenteras de la **vista**. Leer el periódico del día tomando café por las mañanas, aunque gotee el aceite de la tostada. La lectura del

«marca» del albañil en el bocadillo de las once. Ver la cocina de tu madre. La estampa de enero de Campillo de Arenas y Montillana con las chimeneas humeando en las casas de campo la matanza de san Antón. La visión dura y reseca de los alrededores del río Almanzora en Almería. El carburo alumbrando las pinturas de la sala del pez en las cuevas de La Pileta. El monte de las cruces blancas amenazante y tirándote piedras. La cafetera del tren recorriendo 32 kilómetros de Santander hasta Ontaneda. El coche tragando kilómetros en el desierto de Acapulco. Cicerón hablando en el Foro Romano aquello de «Quousque tándem abutere, Catilina?». El falo indicador en las calles de Pompeya. La llanura castellana hacia Fuentesauco. Las orillas del río Tormes y la huerta de los agustinos, y en la huerta la fontana. Las mareas del Cantábrico que hacen desaparecer las cosas. Los pinos piñoneros de Andújar. La columna de polvo de hierro mesado por el viento subiendo en el cielo de los pozos junto a la mina de Alquife.

Las ráfagas placenteras del **tacto**. El sillón de orejeras en la siesta de cada día. Hundirse en el sillón después de ver en los Cármenes salvarse al Granada y venir achuchado en el autobús. Carlos Herrera, tiempo ha, nos recordaba los pequeños placeres: «La arena de la playa deslizándose entre los dedos de los pies durante un paseo invernal, enseñar a un hijo a montar en bicicleta, el sagrado tiempo de la siesta estival bajo la sombra de un árbol». Yo añadiría, volver a entrar en tu casa natal después de bastante tiempo cerrada. La sensación carnosa de un pimiento castellano del Marquesado del Zenete en la boca. Calentarse en el brasero de cisco a punto de echar una firma. Una ducha después de sudar, limpiarse de arena los pies, nadar en aguas calientes del Pacífico. Tocar las manos pequeñas de mi nieta. Acariciar los carrillos de mi madre. Resaca a la orilla del Cantábrico.

La sensación que producen los **olores** no es despreciable. El característico olor a alpechín en los alrededores de Jaén. Oler los limones del limonero lunero de mi casa. El olor intenso y embriagador a miel por toda la vega del Marquesado en un mes normal de febrero. El olor a tomillo que juega en las andas del aire junto al vacie de la mina de hierro de Alquife. El olor a mar del Cantábrico, de las barcas del Cantábrico, de los percebes del Cantábrico. El olor a tierra húmeda, a yerba cortada, a naranja arrancada, a leche de breva. El olor de las flores de verdad; no esas cortadas bajo plástico de formas perfectas. El olor de las verduras de regadío, pimientos, pepinos, zanahorias, cebolletas, boniatos. El olor intenso de la papaya verde de México. Las cumbres de Sierra Nevada que huelen a manzanilla, a zarzaparrilla, a tomillo almohadillado, a zahareña, a lavanda.

Si aplicamos **varios sentidos**, es imposible sustraerse al placer de dar clases de latín a chicos americanos, de jugar al dominó rioja con

boquerones en vinagre en mano, de andar perdido en la niebla camino de Comillas o en la nieve del Carretero, de clasificar botellas por motivos altruistas en el seminario de Málaga, de remar por los arribes del Duero, de oír a mi tía contar historias sobre los bandoleros de la serranía de Ronda.

Por último están los **sentidos combinados**, como lo encontramos en: amarillo chillón, palabras tibias, carácter dulce, o el color de las palabras, el sabor de la música, el lugar del tiempo, como pregonan los psicólogos Lupiáñez y Callejas de la Universidad de Granada. Aquel día de la matanza los chicharrones cantaban a maitines.

Digibug.ugr.es: <http://hdl.handle.net/10481/47449>